

ñes romanos, desiertos y ardientes bajo el augusto sol.

El día entero que había pasado se resumía y tomaba con toda claridad su total significación. Era el despertar fecundo, la eterna protesta de la naturaleza y de la vida, la Venus y el Hércules, á los que pueden ocultar durante siglos enteros bajo la tierra pero que, á pesar de todo, surgen un día, á los que pueden querer encerrar tras las murallas en el fondo del Vaticano dominador, inmóvil y testarudo, pero que reinan hasta allí y gobiernan soberanamente el mundo.

## VII

Al día siguiente, y después de un largo paseo, hallóse Pedro delante del Vaticano, sitio al que por una especie de obsesión iba á parar siempre y se encontró de nuevo con monseñor Nani. Era un miércoles por la tarde y el asesor del Santo Oficio salía de su audiencia semanal con el papa, al que había dado cuenta de la sesión celebrada por la mañana por la sagrada congregación.

—¡Qué venturosa casualidad, hijo mío! Precisamente me esaba acordando de vos. ¿Deseáis ver en público á Su Santidad antes de que os reciba en audiencia particular?

Tenía, al decir esto, su gran aire de sonriente amabilidad, en la que apenas se traslucía la ligera ironía del hombre superior que lo sabía todo, que lo podía todo y preparaba todo.

—Sin duda alguna, monseñor,—respondió Pedro un poco admirado por lo brusco de la oferta.—Toda distracción es bienvenida cuando se pierden días esperando.

—No, no perdéis vuestros días,—replicó el prelado con mucha viveza,—pues miráis, reflexionáis y os instruíis... En fin he aquí lo que hay. Sin duda no ignoráis que la gran peregrinación del dinero de San Pedro llega el viernes á Roma y será recibida el sábado por Su Santidad. Al



día siguiente, domingo, se verificará otra ceremonia; Su Santidad dirá misa en la basílica. Me quedan aún algunas tarjetas; he aquí dos con sitios muy buenos para esos días.

Sacó del bolsillo una cartera muy elegante y adornada con cifra de oro, y de ella dos tarjetas, una verde y otra rosa que entregó al joven presbítero.

—¡Ah! ¡Si supiéseis con qué afán las buscan! Ya recordaréis á esas dos señoras que tantos deseos tienen de ver al Santo Padre; pues bien, no he querido insistir demasiado para obtenerlas una audiencia y han tenido que contentarse con las tarjetas que las he dado... Sí, el Padre Santo está un poco cansado... Acabo de verle y le encontré febril y pálido, pero tiene tanta fuerza de voluntad, que sólo vive para el alma.

Reapareció su sonrisa, con su ironía apenas perceptible.

—Ahí se encuentra un gran ejemplo para los impacientes, querido hijo mío. He sabido que el excelente monseñor Gamba del Zoppo no ha podido hacer nada en vuestro obsequio; pero no conviene que os aflijáis de una manera extraordinaria. Permitidme que os repita que esta larga espera es seguramente una gracia que os hizo la Providencia, para que os informéis obligándoos á comprender cosas que vosotros, clérigos franceses, no acertáis, por desgracia, á explicaros cuando venís á Roma... Y todo eso tal vez evitará que cometáis alguna falta... Vamos, calmaos, pensad que los acontecimientos dependen de la mano de Dios y sólo se verificarán en la hora fijada por su divina sabiduría.

Tendióle la mano bien cuidada, flexible y gordita, mano fina de señora, pero cuya presión tenía la fuerza de un torno de hierro y subió á su coche que le estaba esperando.

Precisamente la carta que había recibido del vizconde Filiberto de la Choue era una prolongada exclamación de rencor y de desconsuelo con motivo de la gran peregrinación internacional del dinero de San Pedro.

Escribía en la cama, en la que le tenía postrado un fuerte ataque de gota que le impedía ir con la peregrina-

ción; pero lo que hacía que llegase al colmo su pena, era que el presidente del comité, encargado naturalmente de presentar la peregrinación al papa, resultaba ser el barón de Fouras, uno de sus más encarnizados adversarios del antiguo partido católico conservador.

Y no dudaba ni un momento que el barón aprovecharía aquella ocasión tan propicia para influir en el ánimo del papa para que triunfase su teoría de las corporaciones libres, mientras que el vizconde no creía posible la salvación del catolicismo y del mundo, más que con el sistema de corporaciones cerradas, obligatorias. Por esto suplicaba á Pedro que trabajase con los cardenales que le eran favorables y hasta que intentase ver al Santo Padre, y no se fuese de Roma sin llevarle la augusta protección, que era la única que podía dirimir la contienda.

La carta daba además interesantes pormenores acerca de la peregrinación; tres mil peregrinos procedentes de todos los países y que los obispos y superiores de distintas congregaciones acompañaban desde Francia, Bélgica, España, Austria y hasta desde Alemania. Francia era la que estaba más ampliamente representada, por un grupo de cerca de dos mil peregrinos.

En París había funcionado un comité internacional para organizarlo todo, y fué una tarea muy delicada, porque se hizo á propósito una mezcla de miembros de la aristocracia, de cofradías formadas por señoras de la clase media, de asociaciones obreras, y en ese comité estaban confundidas clases, sexos y edades, fraternizando con la misma fe. Y el vizconde añadía que la peregrinación, que llevaba millones al papa, había escogido la fecha de su presentación de tal modo, que resultaba una protesta del catolicismo universal contra las fiestas del 20 de Septiembre con que el Quirinal celebraba el glorioso aniversario de la Roma capital.

Pedro no desconfió y creyó que no tenía que apresurarse, y para presenciar la solemnidad que debía verificarse á las doce, fué á las once.

El local señalado era el salón de las Beatificaciones, grande y hermosa sala, que se halla situada encima del pórtico de San Pedro y que han convertido en capilla con



posterioridad á 1890. Una de sus ventanas se abre sobre la logia central, desde la que en otros tiempos el papa recién elegido bendecía al pueblo, á Roma y al mundo. La preceden otras dos salas: la Real y la Ducal. Y cuando Pedro quiso dirigirse á ocupar el puesto á que le daba derecho su tarjeta verde, dentro de la sala misma de las beatificaciones, encontré con que las tres estaban de tal modo ocupadas por una multitud compacta, que tropezó con los obstáculos más grandes para abrirse camino.

Hacia una hora que se estaban ahogando de esa manera, con la fiebre ardiente y la emoción, que iba por momentos en aumento, de las tres ó cuatro mil personas encerradas en aquellas salas. Pudo al cabo llegar hasta la puerta de la tercera sala, pero se desalentó al ver el extraordinario amontonamiento de cabezas y no intentó ir más allá.

Esa sala de las Beatificaciones que, poniéndose de puntillas podía abarcar con una sola mirada, era de gran riqueza, y estaba dorada y pintada bajo el elevado y severo artesonado.

Enfrente de la entrada y en el sitio que de ordinario ocupaba el altar, habían colocado en un estrado no muy alto el trono pontifical, un gran sillón de terciopelo rojo, cuyo respaldo y brazos dorados resplandecían con extraordinario brillo. Los cortinajes del solio, también de terciopelo rojo, caían detrás en pliegues, como dos grandes alas de púrpura.

Lo que le interesó más, lo que más le pasmó fué aquella multitud, una multitud de desenfrenada pasión, tal cual no la había visto jamás, de cuyos corazones oía los grandes latidos y cuyos ojos engañaban el ansia febril de la espera, contemplando, adorando el trono vacío.

¡Ah! Aquel trono los deslumbraba, los turbaba, llegaban hasta el éxtasis de las almas devotas, tanto como el Viril en que Dios en persona iba á dignarse á ocupar un sitio.

Había allí obreros endomingados, con ingenuas miradas de niño y rudos rostros de éxtasis, señoras burguesas, con el traje negro reglamentario empalidecidas por una especie de terror sagrado en el exceso de su deseo, caballe-

ros con frac y corbata blanca, gloriosos y envanecidos por la convicción de que salvaban á la Iglesia y á los pueblos.

Un grupo de éstos llamaba la atención en un sitio de preferencia delante del trono, todo un pelotón de fracs negros, los miembros del comité internacional, á cuya cabeza figuraba triunfalmente el barón de Fouras, hombre de unos cincuenta años, muy alto, muy grueso y rubio, que se movía y agitaba sin cesar dando órdenes como un general en la mañana de una victoria decisiva.

Después, en medio de la masa gris y neutra de los trajes, resaltaba acá y acullá la seda violeta de la ropa talar de algún obispo, porque cada pastor había querido quedarse con sus ovejas; mientras que los regulares, padres ó superiores, con sus hábitos oscuros, negros ó blancos, dominaban con sus cabezas barbudas ó afeitadas.

A derecha é izquierda flotaban algunas banderas que las congregaciones ó asociaciones llevaban al papa.

Y la ola subía oyéndose un ruido de mar que se henchía, y tal amor impaciente se exhalaba de aquellos rostros humedecidos por el sudor, de los ojos ardientes, de las hambrientas bocas, que el aire estaba como espesado y oscurecido con el olor pesado de aquel pueblo allí amontonado.

De pronto vió Pedro cerca del trono á monseñor Nani quien, habiéndole reconocido desde lejos le hacía señales para que se acercase, y como respondiese con un signo lleno de modestia que prefería quedarse en donde estaba, el prelado se obstinó á pesar de todo y envió un hujier en su busca con orden de que le abriese paso.

Cuando el hujier le hubo acompañado á su lado, le dijo:

—¿Por qué no venís á ocupar vuestro sitio? La tarjeta que tenéis os da derecho á estar aquí á la izquierda del trono.

—A la verdad,—respondió el presbítero,—como tenía que molestar á tanta gente no he querido pasar. Y además este es demasiado honor para mí.

—No, no, y si os la di, fué para que ocupáseis el sitio en ella designado. Deseo que estéis en primera fila para



que lo podáis ver todo, para que no perdáis ni el menor detalle de la ceremonia.

Pedro no pudo hacer otra cosa más que darle las gracias.

Vió entonces que muchos cardenales y prelados de la familia pontifical esperaban á los dos lados del trono. En vano buscó al cardenal Boccanera que no se presentaba en San Pedro ó en el Vaticano, más que en los días en que su servicio le obligaba á hacerlo. Pero reconoció al cardenal Sanguinetti, alto y fuerte y con el rostro coloreado por la sangre, que estaba hablando en voz bastante alta con el barón Fouras.

Un momento después se le unió monseñor Nani el que, con su acostumbrada amabilidad le enseñó otras dos eminencias que tenían la importancia de altos y elevados personajes: el cardenal Vicario, hombre pequeño y obeso, de rostro calenturiento, abrasado por la ambición, y el cardenal Secretario, robusto, huesoso, hecho á hachazos, tipo romántico del bandido siciliano que hubiese decidido dedicarse á la discreta y sonriente diplomacia eclesiástica. A pocos pasos y apartado, hallábase el gran Penitenciario, silencioso, de aspecto enfermizo y dolorido del que sufra y de un perfil delgado y grisiento de asceta.

Dieron las doce. Hubo una explosión de falsa alegría, una emoción procedente de las otras salas y que fué como una oleada profunda. Ese movimiento debíase tan sólo á que los hujieres hacían abrir paso á la multitud para que pudiese cruzar por allí el cortejo. Y de pronto, en el fondo de la primera sala oyéronse aclamaciones que salieron de allí, se aumentaron y acercaron.

Aquella vez era el cortejo.

A la cabeza de éste marchaba un pelotón de guardias suizos, con uniforme de diario, mandado por un sargento; después los portadores de la silla gestatoria con sus trajes rojos, luego seguían los prelados de la corte pontificia entre los que figuraban los cuatro camareros secretos participantes. Por último entre dos pelotones de guardias nobles de media gala, iba el Padre Santo á pie, solo, sonriendo con pálida sonrisa, bendiciendo con lentitud á derecha é izquierda. Con él los clamores de las salas vecinas

se engolfaron en la de las Beatificaciones con una violencia de amor convertida en locura, y bajo la débil y blanca mano que bendecía todos aquellos seres trastornados por la emoción, cayeron de rodillas y no había por el suelo más que un aplastamiento de ese pueblo devoto como anonadado por la aparición del dios.

Pedro, sobrecogido, estremeciése y se arrodilló como los demás. ¡Ah! ¡Esa supremacía, ese contagio irresistible de la fe, del temido soplo del más allá, duplicándose en medio de una decoración y de una pompa de soberana grandeza! Reinó entonces un profundo silencio cuando León XIII se sentó en el trono rodeándole los cardenales y su corte, y desde luego empezó la ceremonia con arreglo al rito y á la costumbre.

El primero que habló y para hacerlo se arrodilló, fué un obispo, para poner á los pies de Su Santidad la ofrenda de la cristiandad entera. Siguióle el presidente del comité, barón de Fouras que, en pie, leyó un largo discurso en el cual presentó la peregrinación, explicando su objeto dándole toda la gravedad y alcance de una protesta á la vez política y religiosa. Aquel hombre tan grueso tenía una voz chillona, penetrante, y las frases se le escapaban como el chirrido de una barrena.

Manifestaba cuan grande era el dolor del mundo católico ante la expoliación de que era víctima desde hacía un cuarto de siglo la Santa Sede; la voluntad de todos los pueblos, representados allí por peregrinos, de consolar al Jefe supremo y venerado de la Iglesia, llevándole el óbolo de los ricos y de los pobres, el dinero de los más humildes, para que el papado pudiese vivir orgulloso, independiente y despreciando á sus adversarios.

Habló también de Francia, deplorando sus errores y profetizando su retorno á las sanas tradiciones y dando á entender orgullosamente que era la más opulenta, la más generosa, cuyos regalos aflujan á Roma en un río no interrumpido.

Levantóse al fin León XIII, y respondió al obispo y al barón. Su voz era gruesa, pronunciadamente nasal, una voz que sorprendía al oírse salir de su cuerpo tan endeble. En pocas frases dijo cuan grande era su gratitud y cuanto



se conmovía su corazón con aquella adhesión de las naciones al papado.

En vano los tiempos eran y tal vez serían malos porque el triunfo final estaba cercano. Signos evidentes revelaban que el pueblo volvía á la fe, que muy pronto habían de cesar las iniquidades volviendo en breve bajo el universal reinado de Cristo. En cuanto á Francia ¿no era la hija predilecta, la primogénita de la Iglesia, que había dado tantas pruebas de afecto á la misma y que por esto no podía nunca dejar de amarla?

Levantando después el brazo, bendijo á todos los peregrinos presentes, á las sociedades y congregaciones que representaban, á sus familias y á sus amigos, á Francia y á todas las naciones católicas, para agradecerles el precioso auxilio que le enviaban.

En el momento en que volvió á sentarse estallaron salvas de aplausos, pero salvas frenéticas, que duraron más de diez minutos, mezclándose con vítores, con gritos inarticulados, con un desencadenamiento de tempestad que hacía retemblar la sala.

Y bajo el viento de aquella furiosa adoración, contempló Pedro á León XIII, que se había quedado inmóvil en su trono. Ceñida la tiara, con los hombros cubiertos con el rojo manto adornado de armiño; tenía, con su amplia sotana blanca, la hierática rigidez del ídolo que veneran doscientos cincuenta millones de cristianos.

Sobre el fondo rojo de la púrpura de los cortinajes del solio, entre aquel apartamiento alado de las tapicerías, en los que ardía como una hoguera de gloria, tenía aquella figura verdadera majestad. No era el anciano caduco de paso entrecortado y vacilante y de cuello inclinado de pobre pájaro enfermo. La pronunciada fealdad del rostro, la nariz demasiado grande y la boca hendida con exceso, los rasgos borrosos y secos, desaparecía todo ello.

En aquella faz de cera no se distinguían más que unos ojos admirables, negros y profundos, ojos de eterna juventud, de una inteligencia y de una penetración extraordinarias.

Además, todo eso era un erguimiento voluntario de toda la persona, una conciencia de la eternidad que represen-

taba, una nobleza y realeza que procedía de no ser más que un soplo, un alma pura en un cuerpo de marfil y tan transparente que ya se veía aquel alma como libertada de los lazos de la tierra.

Y entonces recapacitó Pedro lo que semejante hombre, el pontífice soberano, el rey obedecido por doscientos cincuenta millones de súbditos debía ser para las devotas y dolientes criaturas que iban á adorarle desde tan lejos, deslumbradas á sus pies por el resplandor de los poderes que representaba.

A su espalda, en la encendida púrpura de los cortinajes ¡qué brusca abertura sobre el más allá, qué infinito de ideal y de gloria cegadora!

En un solo sér, el Elegido, el Único, el Sobrehumano; cuantos siglos de historia se reunían desde el apóstol San Pedro, y cuanta fuerza, genio, luchas y triunfos. ¡Y qué milagro sin cesar reproducido, el cielo dignándose bajar á aquella carne humana, Dios habitando en aquel servidor que El escogió, al que pone aparte, al que consagra por cima de la inmensa multitud de los otros vivientes, dándole todo poder y toda ciencia!

¡Qué sagrada turbación, qué emoción de acendrada ternura al ver á Dios en un hombre, al ver á Dios allí sin cesar en el fondo de los ojos, hablando con su voz y emanando de cada uno de sus gestos de bendición!

¿Se puede imaginar nada como ese absolutismo exorbitante y de un monarca infalible, la autoridad total en este mundo y la salvación en el otro, Dios visible?

¡Y cómo se comprendía el vuelo que hacia él tomaban las almas devoradas por la necesidad de creer, el aniquilamiento en él de las almas que encontraban al cabo la certidumbre tan buscada y el consuelo de entregarse y de desaparecer en el mismo Dios!

La ceremonia se terminaba y el barón de Fouras presentó al papa los miembros del comité, así como á otros personajes importantes que acompañaban á la peregrinación. Fué un lento desfile de temblorosas genuflexiones acompañadas del beso voraz al anillo y al pie.

Después siguió el ofrecimiento de las banderas y estandartes y á Pedro se le oprimió dolorosamente el corazón



al reconocer que el más rico y suntuoso era el de Lourdes, enviado por los padres de la Inmaculada Concepción.

Sobre la blanca seda bordada, estaba á un lado y pintada la Virgen de Lourdes y al otro el retrato de León XIII.

Vióle sonreír á su imagen y tuvo una pena muy grande, como si todo su ensueño de un papa intelectual, evangélico y libre de vulgarísimas supersticiones, desapareciese. Y fué en ese momento cuando su mirada se cruzó otra vez con la de monseñor Nani, que no dejó de mirarle ni un solo instante desde que dió principio la ceremonia, estudiando todas sus impresiones con el aire curioso de un hombre que se propone hacer un experimento.

Monseñor Nani se le acercó diciéndole:

—¡Es soberbio ese estandarte y qué alegría para Su Santidad al ver que han reproducido tan bien su imagen al lado de esa Santa Virgen.

Observando que el presbítero, que se había puesto muy pálido, no respondía, añadió:

—Queremos mucho á Lourdes en Roma ¡es tan deliciosa la historia de esa Bernadetta! (1)

Y lo que pasó á continuación fué tan extraordinario que Pedro se quedó durante mucho tiempo trastornado. Había presenciado en Lourdes espectáculos de inolvidable idolatría, escenas de fe ingenua, de exasperada pasión religiosa, que le hacían estremecer aún de inquietud y de dolor; pero ni las multitudes que se agolpaban en la Gruta, ni los enfermos que espiraban de amor delante de la estatua de la Virgen, todo un pueblo en fin, delirante por el contagio del milagro, nada, nada se aproximaba al viento de la locura que levantó, arrastró á los peregrinos hasta los pies del papa.

Los obispos, los superiores de las congregaciones y de las órdenes, los delegados de todas clases se adelantaron para depositar al pie del trono las ofrendas que llevaban del mundo católico entero, la colecta universal del dinero de San Pedro.

Era el impuesto voluntario de un pueblo á su soberano, plata, oro, billetes de Banco, encerrados en bolsas, porta-

(1) Véase la obra «Lourdes», publicada por esta casa.—N. del E.

monedas y carteras. Tras ellos fueron las señoras las que se postraron de rodillas para presentar los bolsillos de seda ó de terciopelo que habían bordado ellas mismas. Y otras habían mandado hacer con diamantes en las carteras, las iniciales de León XIII.

La exaltación llegó en un momento á tal grado, que algunas mujeres se despojaron de todo y arrojaron su portamonedas y cuanto dinero llevaban encima.

Una, muy hermosa, morena, delgada y alta, se arrancó cadena y reloj del cuello, se quitó las sortijas, echándolo todo en la alfombra del estrado. Habríanse todas arrancado su carne para que saliese su corazón ardiendo en amor y arrojárlas también, y hasta ellas enteras sin guardar nada de sí.

Fué aquello una lluvia de presentes, el don total, la pasión que se despoja en obsequio del objeto de su culto, considerándose dichosa al no traer nada que no sea de él también.

Y esto sucedió en medio de un clamor creciente, de vivas, que se habían reanudado otra vez, de agudos gritos de adoración, mientras que se producían cada vez empujones más violentos, afanándose todos y cediendo á la irresistible necesidad de besar al ídolo.

Dióse una señal y León XIII se apresuró á bajar del trono y á ocupar un sitio en el cortejo para dirigirse á sus habitaciones.

La guardia suiza contenía enérgicamente á la multitud, tratando de abrir paso á través de las tres salas; pero al ver que Su Santidad se disponía á marcharse, levantóse un clamor de desesperación que fué en aumento, lo mismo que si el cielo se hubiese cerrado bruscamente ante aquellos que aun no habían podido acercarse.

¡Qué decepción más cruel, haber tenido visible á Dios, y perderle antes de ganar su salvación, nada más que tocándole!

Los empujones fueron tan terribles, que estalló una confusión espantosa que barrió á los guardias suizos.

Allí se vió á mujeres precipitarse tras el papa, arrastrándose á gatas por el rico enlosado de mármol, para besar sus huellas y beber el polvo de sus pasos.



La hermosa señora morena, caída al pie del trono, había desmayado lanzando un gran grito y dos individuos del comité la sujetaban con el objeto de impedir que se lastimase con el fuerte ataque de nervios que la convulsionaba.

Otra, una rubia gruesa, se encarnizaba comiéndose con los labios, y presa como de un delirio, los brazos del dorado sillón en donde se había apoyado el pobre codo del débil anciano.

Notáronlo otras, y fueron á disputárselo, apoderándose de los dos brazos, del terciopelo, pegando sus bocas á la madera y á la tela, mientras que sus cuerpos se agitaban con convulsivos sollozos. Fué preciso emplear la fuerza para arrancarlas de allí.

Cuando terminó todo aquello, á Pedro le pasó lo que al que despierta de una pesadilla penosa; tenía el corazón oprimido y en rebelión la razón. Y encontróse con la mirada de monseñor Nani que no la apartaba de él ni un momento.

—¿No es verdad que ha sido una ceremonia soberbia? —preguntó el prelado.—Esto consuela de muchas iniquidades.

—Sí, no hay duda, ¡pero qué idolatría!—no pudo por menos de murmurar el presbítero.

Limitóse monseñor Nani á sonreír sin hacer caso de las palabras, como si no las hubiese oído. En aquel momento las dos señoras francesas, á las que diera tarjetas, se acercaron para manifestarle su agradecimiento y Pedro se quedó sorprendido al reconocer en ellas á las que le habían acompañado en la visita á las Catacumbas, la madre y la hija, tan hermosas, alegres y sanas.

No estaban muy entusiasmadas con el espectáculo; pero declararon que estaban muy satisfechas por haberlo contemplado, por ser una cosa asombrosa, única en el mundo.

Bruscamente y en medio de la muchedumbre que se retiraba sin prisa, sintió Pedro que le tocaban en el hombro, y al volverse vió á Narciso Habert muy entusiasmado también.

—Os estuve haciendo señas, pero no me visteis señor abate. ¡Eh! ¡Esa mujer morena que cayó rígida con los bra-

zos en cruz tenía una expresión admirable! ¡Una obra maestra de los tiempos primitivos, un Cimabue, un Giotto, un Fra Angélico! ¿Y las otras? Esas que se confían á besos el sillón ¡qué grupo de suavidad, belleza y amor! Nunca faltó á estas ceremonias, porque en ellas siempre hay cuadros, espectáculos de almas.

Con gran lentitud fué deslizando la enorme oleada de peregrinos, bajando la escalera, dominándoles la fiebre ardiente cuyo estremecimiento persistía aún. Y Pedro, seguido de monseñor Nani y de Narciso que sostenían animada conversación, reflexionaba bajo el tumulto de las ideas que golpeaban su cráneo.

¡Ah! Ciertamente, era muy grande y hermoso aquel papa que se había encerrado en el fondo de su Vaticano, que aumentó en la adoración y en el terror sagrado de los hombres á medida que desaparecía más, que se convertía en un espíritu puro, en una pura autoridad moral desprendida de todo cuidado material.

Había allí una espiritualidad, un vuelo hacia el pleno ideal, que le removió profundamente, porque su ensueño del cristianismo rejuvenecido, reposaba en ese poder purificado y únicamente espiritual del jefe supremo y acababa de asegurarse de cuanto ganaba en majestad y supremacía, ese soberano pontífice del más allá, á los pies del que se desmayaban las mujeres que tras él veían á Dios. Pero al mismo tiempo, en el mismo minuto, había visto presentarse la cuestión de dinero, echando á perder su alegría, haciéndole pensar en que debía estudiar el problema.

Si el abandono forzado del poder temporal había engrandecido al papa, librándole de las miserias de reyezuelo siempre amenazado, la necesidad de dinero seguía como una bala atada á sus pies, y que le sujetaba al suelo.

Puesto que no podía aceptar la subvención del reino de Italia, la idea verdaderamente conmovedora del dinero de San Pedro, debía haber librado á la Santa Sede de todo cuidado material, con la condición de que ese dinero, fuesen los cinco céntimos del católico, el óbolo de cada fiel, tomando el pan cotidiano, enviado directamente á Roma, yendo desde la humilde mano del que lo daba, á



la augusta mano del que lo recibía; sin contar conque semejante impuesto voluntario pagado por el rebaño á su pastor, bastaría para el sostenimiento de la Iglesia, si cada cabeza de los doscientos cincuenta millones de católicos daba sencillamente sus cinco céntimos por semana.

De este modo el papa debiendo á todos, á cada uno de sus hijos, no debería nada á nadie; ¡es tan poca cosa ese sueldo, esos cinco céntimos, y una cosa tan fácil, tan enternecedora!

Por desgracia las cosas no pasaban así, el mayor número de los católicos no daban nada, los más ricos enviaban grandes cantidades por pasión política, y sobre todo esos dones se concentraban entre las manos de los obispos y de ciertas congregaciones, de tal modo, que los verdaderos donantes parece que son esos obispos, esas poderosas congregaciones que se convertían en los bienhechores del papado, en las cajas indispensables de que éste sacaba su vida.

Los pequeños y los humildes, cuyo óbolo formaba el tronco, estaban como suprimidos; era de los intermedios, de los grandes señores regulares ó seculares de los que dependía el papa, forzado desde luego á contemporizar con ellos, á escuchar sus quejas y deseos, obedeciendo á veces á sus pasiones, si no quería quedarse sin sus limosnas.

Aliviado del peso del poder temporal, no podía considerarse libre del todo, si no hasta cierto punto tributario de su clero, teniendo que contar á su alrededor con demasiados apetitos é intereses para ser el amo altanero, puro, todo alma, el señor capaz de salvar al mundo.

Y Pedro recordaba la gruta de Lourdes que había visto en los jardines del Vaticano, el estandarte de Lourdes que acababa de ver, y sabía además que los padres de Lourdes separaban todos los años una suma de doscientos mil francos de lo que recogían para la Virgen para enviarlos como regalo al Santo Padre; ¿no sería esta la razón de su gran influencia?

Se estremeció y tuvo conciencia de pronto de que, á pesar de su presencia en Roma, á pesar del apoyo del

cardenal Bergerot, sería derrotado y condenado su libro.

Por último, cuando desembocaba en la plaza de San Pedro, entre el último pelotón de peregrinos oyó á Narciso que preguntaba:

—¿Es de veras que creéis que los dones de hoy han excedido de esa suma?

—¡Oh! Sí, más de tres millones, estoy convencido de ello,—respondió monseñor Nani.

Los tres detuvieronse un momento bajo la columnata de la derecha, contemplando la inmensa plaza iluminada por el sol en que se esparcían tres mil peregrinos, semejantes á manchitas negras, á un hormiguero en revolución.

¡Tres millones!

Esa cifra resonó en los oídos de Pedro que levantó la cabeza y contempló, al otro lado de la plaza las fachadas del Vaticano doradas todas por el sol, bajo el infinito de aquel cielo azul, como si hubiese querido seguir, á través de las paredes, el paso de León XIII, dirigiéndose á sus habitaciones, cruzando por galerías y salas; desde abajo veía las ventanas de esas habitaciones.

Imaginaba verle cargado con los tres millones, llevándose encima, entre sus débiles brazos cruzados sobre el pecho esos billetes, oro, plata y hasta las alhajas que las mujeres habían echado á sus pies.

De pronto, de una manera inconsciente, habló en alta voz.

—¿Y qué va á hacer con esos tres millones? ¿A dónde se va con ellos?

Narciso, y hasta el mismo monseñor Nani, no pudieron por menos de echarse á reír ante una curiosidad formulada de aquella manera. Fué el primero quien respondió:

—Pues Su Santidad se los lleva á su cuarto ó al menos hace que los lleven delante de él: ¿no os fijásteis en dos personas del séquito que lo recogían todo y que tenían los bolsillos llenos lo mismo que las manos?

Y ahora Su Santidad está encerrado á solas, pues despidió á todo el mundo y corrió con mucho cuidado los cerrojos de las puertas.



Y si fuese posible que vuestra vista penetrase á través de esa fachada, le veríais contar y recontar su tesoro con satisfecha atención, poniendo á un lado los cartuchos de oro, metiendo en sobres los billetes de Banco, haciendo todo paquetitos iguales para colocarlo todo luego ordenadamente en el fondo de escondrijos que él sólo conoce.

Mientras que hablaba su compañero levantó Pedro la cabeza fijando sus miradas en las ventanas del papa como ssi pudiese presenciar la escena.

Narciso, entretanto continuaba sus explicaciones diciendo que, en la habitación y junto á la pared de la derecha, había cierto mueble en donde se guardaba el dinero.

Algunos otros hablaban también de los profundos cajones de una mesa escritorio y otros, en fin, aseguraban que en el fondo de la alcoba que era muy grande, el dinero dormía en grandes maletas encadenadas.

Había además efectivamente á la izquierda del corredor que conducía al Archivo una gran pieza en la que estaba el cajero general con una monumental caja de caudales de tres departamentos; pero allí estaba el dinero del Patrimonio de San Pedro, los tributos administrativos cobrados en Roma, mientras que el caudal del dinero de San Pedro, las limosnas de la cristiandad entera, quedábanse entre las manos de León XIII que era el único que sabía á cuanto ascendía y que vivía á solas con aquellos millones de los que disponía como dueño absoluto, sin dar cuentas á nadie.

Así que no salía nunca de su cuarto mientras que los criados lo limpiaban y arreglaban y apenas consentía en permanecer en el dintel de la habitación inmediata para evitar el polvo. Y cuando debía ausentarse durante algunas horas para bajar á los jardines ó ir á cualquier ceremonia cerraba las puertas con doble vuelta de llaves y se llevaba estas en el bolsillo sin que jamás las confiase á nadie.

Narciso calló un momento y encarándose con monseñor Nani, añadió:

—¿No es cierto monseñor? Estos son hechos de que todo Roma está al corriente.

El prelado que sonreía y meneaba la cabeza, sin apro-

bar ni desaprobar, se había puesto á observar con mucha atención en el rostro de Pedro la impresión que á éste producían semejantes historias.

—Sin duda... sin duda, pues se dicen tantas cosas. No lo sé por mí, pero puesto que vos, señor Habert, lo sabéis...

—¡Ah!—exclamó éste.—Conste que no acuso á Su Santidad de sórdida avaricia como suelen hacerlo por ahí.

Circulan por esas calles muchos rumores de que tiene cofres llenos de oro en los que se pasa las horas metiendo las manos y que posee tesoros amontonados en los rincones, sólo para tener el gusto de contarlos y recontarlos sin cesar...

Sólo que, se puede admitir que á Su Santidad le gusta un poco el dinero porque lo es, por el placer de tocarlo, de ordenarlo, cuando está solo.

Es esto una manía muy excusable en un viejo que no tiene otra distracción. Y me apresuro á añadir que tiene afición al dinero más aun que por nada, por la fuerza social que lleva en sí, por el apoyo decisivo que puede proporcionar mañana al papado si quiere vencer.

Entonces se elevó muy alta la figura de ese papa, prudente y sagaz, que teniendo conciencia de lo que son las necesidades modernas, se inclina á usar los medios poderosos del siglo para conquistarle, haciendo negocios, y habiendo hasta corrido el riesgo de perder en un desastre el tesoro dejado por Pío IX y queriendo reparar la brecha, reconstituir ese tesoro, con objeto de legarlo sólido y acrecentado á su sucesor.

¡Económico, ahorrador!

Sí, pero económico y ahorrador para las necesidades de la Iglesia que sabía cuán inmensas son, más grandes cada día y de una importancia vital si quiere combatir el ateísmo en el terreno de las escuelas, de las instituciones y de las asociaciones de todas clases. Sin dinero, la Iglesia no era más que una vasalla, á la merced de los poderes civiles del reino de Italia y de otras naciones católicas.

Y era de esta manera como aun siendo caritativo y sosteniendo con largueza las obras útiles, las que ayudan al triunfo de la Fe, sentía un gran desprecio hacia los gastos



sin objeto, mostrando una gran dureza en ese punto, no sólo para con los otros sino hasta con él mismo. Personalmente no tenía necesidades.

Al principio de su pontificado separó con toda claridad su pequeño patrimonio privado, del rico patrimonio de San Pedro, negándose rotundamente á distraer nada de éste para auxiliar á los suyos.

Nunca ha habido un soberano pontífice que haya cedido menos á los impulsos del nepotismo; hasta el extremo de que sus tres sobrinos y dos sobrinas, seguían siendo pobres y pasando por grandes apuros pecuniarios. Respecto á este punto no oía ni las habillitas ni las quejas, ni le hacían mella las acusaciones, pues seguía siendo intratable y recto, defendiendo con ruda energía los millones del papado contra tantas y tantas encarnizadas codicias, lo mismo contra los que le rodeaban que contra su familia, animándole el orgullo de dejar á los papas futuros el arma invencible el dinero que le da la vida.

—Pero en resumen, ¿cuáles son los ingresos y cuáles los gastos de la Santa Sede?—preguntó Pedro.

Apresuróse monseñor Nani á responder con un ligero gesto evasivo:

—Confieso que en esa materia mi ignorancia es grande. Diríjase al señor Habert que está tan bien enterado.

—¡Dios Santo! No sé ni más ni menos,—declaró éste,—que lo que se sabe en todas las embajadas, eso que se repite corrientemente... Es preciso distinguir en cuanto á los ingresos... Antes había el tesoro dejado por Pío IX, una veintena de millones, colocados en distintos negocios y que producían poco más ó menos un millón; pero, como ya os dije antes, hubo un desastre, por más que, según dicen lo repararon inmediatamente.

Después, aparte de las rentas fijas que producen los capitales colocados, hay unos cuantos centenares de miles de francos que producen, año bueno con año malo, los derechos de cancillería de todas clases, los títulos nobiliarios y esos mil pequeños gastos que perciben las congregaciones... Sólo que como el presupuesto de gastos pasa de siete millones, ya veis que es necesario buscar seis millones todos los años, y con seguridad que es el dinero de

San Pedro el que los proporciona, no diré los seis, pero sí lo menos tres ó cuatro con los cuales se ha especulado para poder doblarlos y unir los dos extremos.

Sería muy larga de contar esa historia de las especulaciones de la Santa Sede, desde hace quince años.

Los primeros fueron de ganancias enormes hasta que vino la catástrofe que, á poco más, lo hace desaparecer todo, y por último, la obstinación en los negocios que á la postre logró tapar poco á poco todos los agujeros. Algún día os la contaré si tenéis mucho interés en conocerla.

Escuchábase Pedro con mucha atención.

—¡Seis millones!—exclamó.—¡Hasta cuatro! ¿Cuánto es lo que produce el dinero de San Pedro?

—¡Oh! Lo que es en cuanto á eso os repito que nadie lo ha podido saber con exactitud. En otros tiempos los periódicos católicos publicaban listas con las cifras de las ofrendas, y por aproximación, se podía calcular lo que aquello producía.

Pero á la cuenta creyeron que ese sistema no daba buenos resultados, porque no ha vuelto á publicarse ninguna relación de esa clase, y es radicalmente imposible formarse una idea, ni aun remota, de lo que el papa recibe.

Vuelvo á decir que él solo es el que recibe ese dinero, lo guarda, y dispone de él como soberano.

Es de creer que los años buenos, esos donativos producen de cuatro á cinco millones.

En otros tiempos Francia sola aportaba cerca de la mitad de esa suma, pero hoy da muchísimo menos. América también da bastante. Vienen después Bélgica, Austria, Inglaterra y Alemania. En cuanto á España é Italia... ¡Ah! Italia...

Sonrióse Narciso mirando á monseñor Nani, que, con gran beatitud meneaba suavemente la cabeza, con el aire de un hombre al que encantan las cosas curiosas que oye contar por primera vez.

—¡Ah! ¡Seguid, hijo mío, seguid!

—¡Ah! Italia se distingue muy poco en eso. Si el papa no tuviese para vivir más que los donativos de los italianos estoy seguro de que el hambre pronto reinaría en el Vaticano.